

Recuerdo de la estancia de San Francisco de Borja en la ermita de la Magdalena de Oñati

JOSÉ ANTONIO AZPIAZU

Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País

Resumen:

Francisco de Borja, Duque de Gandía, fue amigo y colaborador de Ignacio de Loyola, con quien acordó, tras su conversión y decisión de hacerse jesuita, retirarse a Euskal Herria. Decidió residir en la ermita de la Magdalena, de Oñati, durante dos años, dedicado a la meditación y preparación para su sacerdocio. De su estancia en Oñati, donde se le denominaba Duke Santua, dejó una huella que ha perdurado hasta nuestros días.

Palabras clave: Duque de Gandía. Conversión del aristócrata. Amistad con Ignacio de Loyola. Estancia en Oñati. Duke Santua.

Laburpena:

Frantzisko Borjakoa, Gandiako Dukea, Ignazio Loiolakoaren adiskide eta kolaboratzailea izan zen, eta harekin Euskal Herrira erretiratzea adostu zuen, jesuita bihurtu ondoren. Bi urtez Oñatiko Magdalena ermitan bizitzea erabaki zuen, meditatzen eta haren abadetza prestatzen jarduteko. Haren Oñatiko egonaldiak, Duke Santua esaten zioten han, gaur arte iraun duen arrastoa utzi zuen.

Gako-hitzak: Gandiako dukea. Aristokrataren bihurtzea. Ignazio Loiolakoarekiko adiskidetasuna. Oñatin egonaldia. Duke Santua.

Abstract:

Francisco de Borja, Duke of Gandía, was a friend and collaborator of Ignatius of Loyola, with whom he agreed to move to the Basque Country after becoming a Jesuit. He decided to reside in the La Magdalena Chapel, in Oñati, for two years, spending his time meditating and preparing for his priesthood. His time in Oñati, where he was called Duke Santua, made a mark that has lasted to this day.

Keywords: Duke of Gandía. Conversion of the aristocrat. Friendship with Ignatius of Loyola. Time in Oñati. Duke Santua.

¿Quién fue Francisco de Borja?

El 28 de octubre de 2010 se cumplió el quinto centenario del nacimiento de San Francisco de Borja. Francisco de Borja, gran amigo y colaborador de Ignacio de Loyola, vino a Oñati el año 1550, y residió en esta villa durante dos años.

Francisco de Borja, cuarto Duque de Gandía, fue Virrey de Cataluña, favorito y compañero de estudios del Emperador Carlos V, el monarca más poderoso de su tiempo. Todavía debía de lucir una figura imponente cuando, contando con 40 años, recaló en Oñati. Era de gran corpulencia y prestancia física. El historiador Rivadeneira, jesuita y confidente de Ignacio de Loiola, lo describe como “muy bien dispuesto, alto de cuerpo, el rostro largo y hermoso, de buenas facciones”. Además de ser Duque de Gandía, gozaba de inusuales antecedentes familiares, pues era biznieto del rey Fernando el Católico, y también de Rodrigo de Borja, quien fue elegido Papa bajo el nombre de Alejandro VI.

El año 1528, a los 18 años, le destinaron a servir al Emperador Carlos V, y con 19 se casó con Doña Leonor de Castro y Meneses, Camarera mayor de la Emperatriz portuguesa Isabel. Ésta murió en 1536, a la edad de 36 años. Borja recibió la orden de encargarse de la comitiva que acompañó a conducir sus restos mortales a Granada, donde debía de ser sepultada. Se dice que, al final del traslado, cuando quedó al descubierto el cadáver desfigurado de la Emperatriz, Borja recibió un gran impacto emocional. Fruto de la impresión producida de haber visto descompuesta a la señora que tanto había admirado, se le atribuye la célebre frase de “Nunca más servir a un señor que se me pueda morir”. Lo cierto es que Francisco de Borja quedó tocado por la imagen desfigurada de su señora y amiga Isabel, que había sido tan bella y amada por todos.

El 26 de junio de 1539 fue nombrado virrey de Cataluña, cargo que desempeñó hasta el 1543. Se trataba del más alto puesto político del Principado de Cataluña, que en la época incluía los condados de Rosellón y Cerdeña, ejerciendo sobre todo el poder judicial. Fue hombre de armas, y luchó contra el bandolerismo, la piratería, los turcos, y defendió el Rosellón de los ataques franceses.

Para completar esta corta introducción al retrato de Francisco de Borja, conviene señalar que, decidido a entrar en la Compañía de Jesús, tras ordenarse sacerdote el año 1551, precisamente en Oñati, fue nombrado Comisario general de los jesuitas en España en el año 1554. Al morir el segundo general de la orden, el padre Laínez, en 1565, fue elegido tercer general de los jesuitas, y falleció en Roma el 30 de septiembre de 1572. El papa Clemente X canonizó a Francisco de Borja el año 1671.

Su decisión de hacerse jesuita

En 1546 murió su esposa Leonor, lo que aceleró su proceso de conversión y de acercamiento hacia los jesuitas. Para entonces ya había mantenido correspondencia con Ignacio de Loyola y los padres de la Compañía Fabro y Araoz. Fue en ese mismo año de 1546 cuando decidió hacerse jesuita. El año 1550 viajó a Roma con la intención de ganar el jubileo del Año Santo, que estaba dotado de indulgencia plenaria. Es en esa ocasión cuanto manifiesta a Ignacio de Loyola su intención de entrar en la Orden, pero recibe la consigna de que, por prudencia, y por la transcendencia del hecho, guarde secreto sobre este propósito. Ignacio de Loiola le convence de que el silencio se hacía necesario “porque el mundo no tiene orejas para oír tal estampido”, en referencia a la sorprendente decisión de tan alto personaje.

Durante su estancia de tres meses en Roma llega a oídos de los jesuitas el rumor de que el papa Julio III pretende investir a Borja con el título de cardenal. Para evitar que esta intención se haga realidad, y con el permiso y consejo de Ignacio de Loyola, decide abandonar secretamente la ciudad. Sale de Roma acompañado de un séquito de jesuitas, al que se une su propio hijo Juan, y una corta servidumbre. El grupo se dirige hacia Euskal Herria, donde se presume estará a salvo de las pretensiones papales. De este modo, pasa de ser Virrey de Cataluña a convertirse en fugitivo de un Papa que quiere nombrarle cardenal, honor que considera poco acorde con la radical decisión de mudar de estado.

Conocida la resoluci3n de Borja, el Papa le otorga el permiso para entrar en religi3n, pero con la condici3n de que esta decisi3n la mantenga en secreto durante tres a1os. Por otra parte, consigue de Ignacio de Loyola el permiso para elegir el destino que deseara, adem1s de eximirle de la jurisdicci3n del provincial Araoz, al que le correspond1a estar sometido por su voto de obediencia.

O1ati se convierte en centro de inter1s de los grandes del Imperio

La decisi3n de abandonar la nobleza y convertirse en jesuita s3lo se hizo p1blica una vez que Borja lleg3 a O1ati. Fue aqu1 donde se hizo conocer su nuevo estado y su renuncia a los altos honores que a lo largo de su vida le hab1an acompa1ado.

Claro que, para ello, ten1a que contar con el benepl1cito del Emperador, por lo que, una vez tomada la decisi3n de abandonar la nobleza y hacerse jesuita, hab1a escrito desde Roma una carta dirigida a Carlos V y al Pr1ncipe Felipe, d1ndoles a conocer sus nuevos proyectos.

Fue en O1ati donde un emisario imperial le entreg3 el documento que conten1a la aprobaci3n del monarca, por la que tanto Carlos como Felipe manifestaron que asum1an su decisi3n y le mostraron su apoyo. De ese modo, O1ati, y en particular la ermita de la Magdalena, se convirtieron inesperadamente en centro de atenci3n de toda la Pen1nsula por la presencia de un personaje tan importante que, adem1s, iba aureolado por la fama de su conversi3n.

La estancia en O1ati: 8-abril-1551 a 29-marzo 1553

No le fue f1cil encontrar el anonimato que deseaba, pues era demasiado conocido y admirado. Al llegar a O1ati, el hijo del Conde de Guevara quiso tratar al duque como lo que hab1a sido, y sali3 a su encuentro con muchos s1bditos de a caballo y otros de a pie. No era esto lo que Borja buscaba. Una vez en O1ati, se aloj3 en la casa propiedad de la Compa1a situada cerca de la actual plaza de la villa, edificio cedido en su testamento por Pedro Migu1ez de Araoz a su primo el jesuita P. Araoz, Provincial de los jesuitas en Espa1a.

El duque buscaba algo m1s sencillo, m1s aislado, donde se diera a la meditaci3n. Prefiri3 alejarse incluso del moderado bullicio de dicha villa y encontr3 acomodo en el barrio de Magdalena, a dos kil3metros en direcci3n a Bergara. All1 dispondr1a de una hermosa ermita, hoy d1a en pi1 y dotada de culto, a la que se adjunt3 la modesta vivienda donde se alojar1a Francisco de Borja y sus compa1eros jesuitas. La capilla y la vivienda anexa se convirtieron en reliquias veneradas tras el paso del futuro santo por el barrio.



Fachada exterior de la ermita.



Árbol que según la tradición era del tiempo de San Francisco de Borja.



Retablo de la ermita con la imagen de la Magdalena.



Imagen primitiva de la Magdalena.



La elección de la ermita de la Magdalena obedecía a la necesidad de gozar de un lugar adecuado para el retiro y silencio. El concejo accedió a poner a su disposición dicha ermita y adjuntarle una vivienda adosada a la misma. Allí podría llevar a cabo su particular fundación, donde acompañarían a Borja seis religiosos. El acomodo era sencillo, y carecía de innecesarias holguras para los propósitos del ilustre personaje.

La fecha del traslado de la villa a Magdalena fue el tres de mayo de 1551, y fueron llevadas, procesionalmente, desde Oñati hasta la ermita, varias reliquias de santos, con acompañamiento de una gran multitud. El primer superior de la nueva y sencilla residencia no fue Borja, sino el navarro Padre Miguel de Ochoa.

El 11 de mayo de 1551, y ante el escribano Lazarraga, el que fuera duque renuncia formalmente a sus títulos y rentas, se despoja de sus vestidos, se corta la barba, lo que simbolizaba la renuncia a las pompas mundanas, y se enfunda un hábito de jesuita al que añade unas alforjas de mendicante.

Borja padecía de gota, y los médicos le desaconsejaron vivir en aquella ermita, donde su salud podía correr graves riesgos, pero ante esta sugerencia el nuevo jesuita argumentó que la pobreza religiosa sería una adecuada respuesta a la gota, por tratarse de una enfermedad de ricos, debida a la ingesta excesiva de carne. Francisco persistió en su decisión, y con sus propias manos colaboró a fabricar el humilde y diminuto colegio adosado a la ermita. Se cuenta que, estando él personalmente trabajando en dicha obra, acudió un alto personaje en su busca, quien no le reconoció, debido al cambio que habían sufrido su aspecto y figura.

El Papa Julio III autorizó a Francisco de Borja a recibir las órdenes sagradas, y dejó a su voluntad elegir quién le había de consagrar como sacerdote. El candidato no tenía preferencias, y el llamado para tan gran honor fue un humilde obispo franciscano, Juan de Gaona, que residía en Calahorra, obispado cuyo titular, Don Juan Bernal Díaz de Luco, más tarde cardenal, se hallaba en aquellas fechas asistiendo al Concilio de Trento. Fue ordenado sacerdote el 23 de mayo de 1551. Previamente había renunciado al ducado, pasando el título a su hijo, el Marqués de Lombay.

Retrasó su primera misa solemne por recomendación de Ignacio de Loyola, quien pretendía, con aquella ocasión, obtener del Papa un jubileo (indulgencia plenaria), propósito que de hecho consiguió. Previamente se trasladó a Loiola para celebrar una misa privada. En su nuevo estado, se apeó del tratamiento de “Su Señoría” y pasó al de “Su Reverencia”, llamándose Padre Francisco. Al principio, sus cartas las firmaba con su nombre, al que añadía la coletilla de “el pecador”.

Sobre la decisión de quedarse a vivir en Oñati, se conserva en Loyola una carta de Francisco de Borja “*Al muy Reverendo padre maestro Ignacio, prepósito general de la orden*”. En la parte superior, como nota de su recepción en Roma, dice así: “1551, Ognate a 23 d’aprile, il ducha di Gandia” (1551, Oñati, 23 de abril, el duque de Gandía), y de la que resumo algunos párrafos:

“Muy Rdo. mi Padre. En los días pasados, aunque brevemente, escribí de cómo el Señor nos había dexado llegar a esta tierra. Después de haver andado más de 15 días myrando la disposición de esta tierra de Oñate, como la de Vergara, se ha resuelto el Padre provincial, que

nuestra habitación sea en una hermita, que se llama de la Magdalena. Es muy graciosa y participa de Oñate y Vergara, porque está en el mismo camino; y según estos dos pueblos han mostrado afición á que fuese la morada en cada uno de ellos, parece partido ponerse en medio, y más teniendo ya Oñate colegio, en el que pensamos con el favor divino de poner gente muy presto. En la obra de la hermita se entenderá y será fácil, porque hay mucho hecho. Espero que dentro de veinte, á lo más largo treinta días, estará el hermitaño en orden, y que no le faltará sino la bendición de V. P., la qual pide agora humillísimamente, suplicando ser encomendado en sus santas oraciones”. Y firma: “Su hijo y servidor, Francisco el peccador”, fórmula que siguió utilizando hasta el año 1552.

La fecha de celebración de la esperada misa pública y solemne fue el 15 de noviembre de 1551. Se tomó la decisión de que esta misa se celebraría en la vecina villa de Bergara, que tantos intentos realizó para que la eligiese como su lugar de residencia. Se escribió en la época que acudieron a dicha misa más de diez mil fieles, muchos de ellos provenientes de localidades lejanas. Se celebró en un descampado, porque la multitud no podía entrar en la parroquia de San Pedro. Fue en diciembre de 1551 cuando le fueron escritas a Ignacio de Loyola, desde Bergara, varias cartas con la intención de influir para que viniera Francisco a instalarse en dicha villa.

Oñati, por ser condado, no pertenecía jurisdiccionalmente a Gipuzkoa, pero su vida económica y social estaba integrada en la Provincia. Las autoridades guipuzcoanas no reaccionaron a la presencia de Borja hasta las juntas celebradas en Hernani en noviembre de 1551. En esta ocasión enviaron en su representación a dos junteros *“a le besar las manos de parte de esta provincia con una carta de ella”*, llamándolo todavía Duque de Gandía.

La vida de Francisco de Borja en Magdalena

Durante largos meses Borja organizó su vida en la apartada y solitaria ermita que los oñatiarras le habían facilitado. A dicha ermita acudían vecinos de Oñati para poder confesarse con Francisco. Fueron muchos los hombres de reconocido prestigio social que acudieron a Magdalena a escuchar las palabras del “Duque Santo”, mientras que en toda España andaba de boca en boca el sorprendente hecho de su conversión y retirada del mundo.

El apego de Francisco a su residencia de Magdalena lo deja claro el siguiente episodio. Ignacio de Loiola le había solicitado encargarse de una delicada misión diplomática en Portugal. Tuvo que partir de Oñati rumbo al vecino reino, pero, estando ya de camino, cuando la embajada encomendada

se hizo innecesaria, decidió volver a su refugio oñatiarra. Se hallaba entonces nada menos que en Salamanca, y al recibir la orden de que debía renunciar a proseguir el viaje, se aprestó a volver al eremitorio oñatiarra.

Magdalena se convirtió en un centro de peregrinación, tanto de nobles como de gentes del pueblo llano, pero sobre todo de pobres y enfermos. Pronto corrieron rumores de que allí se obraban milagros, de que se curaban enfermos, se hacía hablar a mudos, etc. Quizá provenga de aquella época y ambiente la creencia de que a los niños que bebían de la campanilla que utilizaba Francisco para llamar a la predicación, que todavía se conserva en dicha ermita, se les soltaba la lengua y les facilitaba el habla, costumbre que ha llegado hasta épocas muy recientes. Había gente que acudía de muy lejos con la esperanza de curarse.



Fuente del interior de la ermita.

Francisco predicaba y pedía limosna, y el hecho de que, habiendo pertenecido a la más alta aristocracia, se humillara solicitando ayuda al pueblo llano, constituía su mejor predicación. De sus recorridos por la zona traía gran cantidad de panes, capones y otros alimentos de los que luego hacía participar a los pobres.

Y vinieron las vocaciones, muchas provenientes de gente de alcurnia, como ocurrió con el navarro Doctor Pedro de Lodosa, que después de varias estancias en naciones europeas llegó en peregrinación a Arantzazu, y visitó a Francisco, tras cuyo encuentro decidió entrar en la Compañía con el permiso de su padre, un grande de Nafarroa. Otro no menos ilustre, Bartolomé Bustamante, que fue secretario del cardenal Tavera, visitó Magdalena y allí quedó para cumplir el noviciado junto a Francisco.

Gozaba de gran predicamento entre los *jauntxos*, a los que solía pedir que se avinieran, pues eran frecuentes las peleas entre ellos. Ejercía sobre ellos una gran autoridad, por su sorprendente y extraordinario ejemplo, pues lo seguían considerando como uno de los Grandes de España. Precisamente, durante su estancia en Magdalena, y esta vez a instancias de Felipe II, recibió la oferta del cardenalato, pero volvió a insistir en que no admitiría semejante dignidad.

Cuando salía a predicar, anunciándose con la citada campanilla, le acompañaba el licenciado Hernani, teólogo, quien le traducía los sermones al euskara. Cuenta la tradición que intentó aprender el idioma vasco, y que llegó a platicar en la lengua vernácula con los niños y los campesinos de la zona.

El mismo año de la llegada de Francisco de Borja a Oñati se produjo en la parroquia de San Miguel un asesinato, lo que provocó que la iglesia se considerara “violada”. El templo quedó inhabilitado para el culto durante cierto tiempo, ejerciendo como parroquia en ese período la ermita de San Antón, a donde se trasladó la pila bautismal. Cuando ocurrió el sangriento incidente, quisieron que el malherido gozase de confesión, y a tal propósito acudieron al Padre Francisco de Borja. Por lo visto, el herido no pudo confesarse por hallarse en trance de muerte, pero el sacerdote jesuita permaneció junto al moribundo hasta que falleció.

Sobre la primera misa solemne que celebró en Bergara se conserva en el libro del Hospital de la Magdalena de dicha villa una nota interesante que refleja diferentes datos sobre el modo de vivir de Francisco, y cuyo contenido resumo:

“En seis de abril del dicho año (1551) entró en Vergara el Duque de Gandía con el Bachiller Solís, Cura de San Pedro de la dicha villa, y el Doctor Araoz, Pruvincial de la Orden de JHS (jesuitas), que vinieron de Roma, aposentóse en las casas del Comendador Ondarza, donde la noche durmió, y otro día, siete de abril, en San Pedro oyó missa en el Altar de Nuestra Señora, que la dixo cura Solís, y se reconcilió (confesó) y comulgó, e después de aver comido se partió para Oñatte y estuvo en Ozaeta donde tomó colación.

En primero de agosto del dicho año hizo en San Pedro de esta Villa el Duque de Gandía el primer sermón.

El 15 de Noviembre del dicho año el dicho Duque sermonó en San Pedro, e dixo la missa en Santa Ana de Rotalde en que hubo Jubileo plenísimo, hubo en la missa más de diez mil personas, e posó en el hospital de la dicha villa. Fueron diáconos en la dicha missa el Bachiller Zandategui, Arcipreste de la Provincia, e Don Ortuño de Gamboa. Vinieron a la Missa el Señor de Lazcano con sus hijos, e otros muchos señores de la Provincia, e de Vizcaya.

En 13 de diciembre del dicho año dixo en San Pedro Missa y predicó el Duque de Gandía día Domingo, e día de Santa Lucía, cuyo nombre del Duque es Don Francisco de Borja.

En 24 de diciembre del dicho año anduvo el dicho Duque con Arguiñas (alforjas limosneras) por toda la villa tomando limosna por amor a Dios con su compañero el maestro Navarro (Ochoa).

En 27 de diciembre de 1551 predicó el Nacimiento del Señor el dicho Duque en San Pedro. Siempre posó (se hospedó) en el Hospital”.

Durante los meses que permaneció en Oñati, Magdalena se convirtió en un centro de espiritualidad, Francisco recibía visitas y tenía un trato franco con quien se acercaba en busca de consejo, ayuda o consuelo. La ermita de Magdalena queda, por tanto incrustada en la edificante y extraordinaria pericia del *Duke Santua*, que era como se le conocía en la zona.



En la casa adjunta que se añadió y sirvió de seminario se conserva un banco con respaldo en el que, según la tradición, dormía Francisco de Borja. La madera de dicho banco se convirtió en una reliquia requerida por quienes siguieron visitando el aposento donde vivió el duque. El banco ha sufrido severos cortes que se han convertido en recuerdo sagrado para los visitantes aficionados a las reliquias. Así, tanto dicho banco-cama de madera como la campanilla con la que anunciaba sus visitas y a la que se atribuía la virtud de curar la tartamudez, permanecen entre los recuerdos de la estancia de Francisco de Borja en Magdalena.